

## UNA ETIMOLOGÍA ESCURRIDIZA: *TRUCHO*

### Vocablos de moda: *tricho*

#### I

Si hay dos vocablos que en la última década han ganado singular difusión entre nosotros, tanto en obras literarias como en el periodismo y la lengua oral, ellos son las palabras *canibalismo* y *tricho*.

Observemos en primer término, antes de entrar en detalles más específicos sobre su significado y su significante, el carácter que acerca a las dos en la nota negativa. Y, de manera especial, en un uso que toca, esencialmente, el ámbito político-social.

No me ocuparé en estos párrafos del vocablo *canibalismo*, del cual di, hace poco, el resumen de un trabajo mayor<sup>1</sup>. En cambio, sí me parece adecuado ocuparme aquí del voca-

<sup>1</sup> Ver Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. LIX, nº 233-234; pp. 255-269.

blo *tricho*, por varios motivos: sobre todo, por su uso frecuente en el habla de los argentinos, tanto que en ocasiones resulta abrumador; y también, por lo que yo conozco, porque no me parecen coherentes las explicaciones que he escuchado acerca de su origen.

Como corresponde, es justo mencionar que la voz *tricho*, en consonancia con su difusión en la Argentina, aparece ya registrada en léxicos recientes. Tal cosa, vemos, valga el ejemplo, en el *Léxico argentino-español-francés*, preparado por Paul Verdevoye y Héctor Fernando Colla, con el auspicio de la Unesco (París-Madrid, 1992), y en el *Registro del habla de los argentinos*, ordenado por la Academia Argentina de Letras (Buenos Aires, 1994).

Las primeras explicaciones que escuché con respecto al vocablo y su origen oscilaban entre un neologismo total, sin mayores raíces previas, y la posible derivación del español *truchimán*, de raíz árabe y con su principal acepción de 'intérprete', o del francés *trucheman*, con igual significado. En fin, ninguna de las dos etimologías me parecieron convincentes, y las vi solo como perezosos recursos de la semejanza externa.

En rigor, la pista de lo que yo creo firme como etimología de la voz *tricho* me la dio una obra hoy poco leída, y que no es otra que la obra póstuma de Juan Montalvo titulada *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, desigual libro, más admirado por su alarde de vocabulario que por sus aciertos novedosos y aun de imitación. El libro –como sabemos– fue publicado en Barcelona, en 1898, y es sobre todo un tributo al arcaísmo.

El secreto (si así lo podemos llamar) consiste en que Montalvo utiliza las voces *entruchada* y *entruchona*, aproximándose ya al significado, o significados, de 'engaño, simulación, corrupción' que se asigna a la palabra *tricho*. Y

la ratificación la veo claramente en los registros del *Diccionario de autoridades* (III, Madrid, 1732), que incluye las voces *entruchar*, *entruchada* y *entruchado (da)*. Y así define el verbo *entruchar*:

Atraer con disimulo y engaño, usando de artificios, medios y palabras para coger a uno, y meterle en alguna dependencia...

Sobre esta base, creo defendible esta trayectoria que señala el signo de derivación: *entruchar*>*truchar*>*tricho*. Lo que conviene agregar es que el proceso indica un caso de aféresis, nada novedoso como recurso de la lengua, y una final voz posverbal de categoría adjetiva. Un dato que tiene cierta importancia es el de que el vocablo *entruchar* pertenece a la lengua o jerga especial de la germanía.

## II

De más está decir que esta posible evolución semántica nos lleva directamente a buscar con anterioridad una base de alguna consistencia en los vocabularios de germanía, que –sabemos– no abundan. Vocabularios, como decía Gregorio Mayans y Siscar, del “lenguaje rufianesco, propio de rufianes, de gitanos y de otras gentes perdidas, que se inventan un lenguaje para entenderse entre sí y no ser entendidos por los demás”.

No aparece (o, mejor, no he encontrado) el vocablo *entruchar* en las jácaras quevedescas, ni en otros textos de ese tipo que encontramos a comienzos del siglo XVII. Pero sí aparece en el librito publicado con la autoría de Juan Hidalgo (nombre real o simulado), que se titula *Romances de germanía de varios autores*, publicado en Barcelona, en

1609. Este romancero lleva al final un vocabulario que Gregorio Mayans y Siscar publicó, junto con otros materiales sobre la lengua, en 1737. (El libro fue reeditado finalmente en 1873, con agregados de Eduardo Mier).

De paso, es bueno decir que la flor de la edición de Mayans y Siscar es el famoso *Diálogo de la lengua*, si bien Mayans aún lo da como obra anónima.

Dentro de los variados materiales incluidos por Mayans y Siscar en su libro, el *Vocabulario* de Juan Hidalgo ocupa, claro, un lugar modesto. Con todo, tiene para nosotros el valor de registrar los vocablos *entruchar* y *entruchado*. Eso sí, en forma harto lacónica, aunque quizás pueda admitirse, con cierta vaguedad, dentro de la explicación que Mayans nos daba al hablar de la lengua de germanía: “lenguaje para entenderse entre sí, y no ser entendido por los demás”. Así, figuran: *entruchar*: ‘entender’; y *entruchado*: ‘entendido o descubierto’.

No pretendo ir mucho más allá, ni insistir en vagas raíces ocultas. En todo caso, tiene el valor de un primer testimonio que, con alguna larguezza, puede servir de precedente al mucho más revelador registro, o registros, del *Diccionario de autoridades*. En segundo lugar, tiene también su peso la obra de Juan Montalvo.

### III

Desentrañado –eso creo– el posible origen del vocablo *trucho*, resulta muy sencillo explicar el uso, y hasta el abuso, con que lo utilizamos. *Trucho* aparece como una voz que, dentro de sus valores, sustituye sin desventaja nombres de uso tradicional, como *engaño*, *simulación*, *corrupción* (o mejor, *engañoso*, *simulado*, *corrupto*). Y, por otro lado, se muestra como un significante de representación fónica de

mayor contundencia y brevedad. Una vez más, notamos que el vocabulario que ligamos al mal, a las connotaciones negativas o repudiables suele ofrecer mayor amplitud de matices que aquello que ligamos a lo bello y lo bueno. Y, guardando la distancia que media entre la literatura y la lengua, aunque sin olvidar del todo sus vínculos, advertimos que así como en la obra literaria el reflejo del mal tendrá siempre más posibilidades de variedades y matices, de la misma manera cabe esa posibilidad en el fenómeno especial de la lengua.

Aceptamos, por descontado, que el mal, la corrupción, el engaño, no son exclusividad de nuestra época, pero, al mismo tiempo, sería ceguera no admitir su presencia, quizás con más sutilezas y amaños, en los días que corren. Particularmente, en sectores políticos y sociales. De ese modo, la voz *tricho* aparece como un neologismo (así lo aceptamos) que sirve en mucho de denuncia y desprecio, al que el hablante acude.

El futuro dirá si el vocablo supera o no lo que, como en infinidad de casos semejantes, se presenta hoy como producto de la moda y la novedad. Con todo, aceptamos que la palabra tiene, por los valores anunciados, fuerza suficiente como para sobrevivir a la duración efímera de las modas. Y esto, más allá de su posible origen, ese origen que he tratado de dilucidar con alguna claridad.

Concluyo. De nuevo, pueden servirnos de apoyo final reflexiones de Nietzsche cuando, al referirse a los auténticos "creadores", nos dice que "los originales han sido quienes han puesto nombre a las cosas". Sin exagerar lo dicho en relación al modesto ejemplo de *tricho*, creo que el caso de este vocablo alcanza a entrar, mientras no se demuestre lo contrario, en la categoría de los "anónimos originales"...

## Apéndice

Sin pretender agotar las incorporaciones de la voz *tricho* en recientes Diccionarios de americanismos (en particular, claro, los que abarcan el sector del Río de la Plata), es justo agregar que el vocablo aparece también incluido tanto en el *Nuevo diccionario de argentinismos*, como en el *Nuevo diccionario de uruguayismos*, publicados por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, en 1993<sup>2</sup>.

La descripción que aparece en el tomo correspondiente a la Argentina es la siguiente:

Adjetivo. Referido a una cosa que no es auténtica o que es falsa o producto de una estafa.

Y la que encontramos en el tomo del Uruguay:

*Tricho-a.* Adjetivo coloquial. Referido a una máquina, especialmente un automóvil: comercializado ilegalmente para evadir impuestos.

Al margen, más de una vez he escuchado la atribución a un posible origen uruguayo, aunque sin dar mayores precisiones que respalden la afirmación.

Quizás tenga aquí más justificación el detenerme en una de las etimologías estudiadas por el recordado lingüista José Pedro Rona, etimología que si no tiene que ver concretamente con la voz *tricho*, ofrece elementos comparativos que –me

<sup>2</sup> Ver *Nuevo diccionario de americanismos*, dirigidos por Günther Haensch y Reinhold Werner, (t. II, *República Argentina*, t. III, *Uruguay*), Bogotá, 1993.

parece— ayudan a comprender mejor semejanzas paralelas en el proceso de deverbalización<sup>3</sup>.

Rona se centra en el vocablo del lunfardo *grupo* ('mentira'). Su punto de partida es el intento de corregir lo que Corominas llama "procedencia semántica" con respecto al significado español, y asimismo negar la exclusividad de "jujeñismo" que Corominas le asigna.

Estamos de acuerdo en que no se trata, en realidad, de un "jujeñismo", ya que *grupo* es vocablo de amplia difusión rioplatense, que desde su limitado origen ha pasado al lenguaje común.

En particular, me interesa hacer hincapié en la etimología del vocablo *grupo*, puesto que vemos en él, de acuerdo a los fundamentos de Rona, un proceso de deverbalización —*engrupir*>*grupo*— semejante al que propongo en la etimología *entruchar*>*tricho*<sup>4</sup>.

Me parece obligado señalar que, según Rona, la derivación *engrupir*>*grupo* le fue indicada por el poeta uruguayo Carlos Sabat Ercasty. No dudo de los conocimientos de Sabat Ercasty sobre el lunfardo, si bien no dejo de tener en cuenta que no se trata de una etimología incuestionable. Y, en definitiva, que necesitamos mayores testimonios y respaldos.

En el caso de *tricho*, en relación a *grupo*, hay que notar su aire de familia, junto a la proximidad de significado. No menos, sus posibles ejemplos paralelos a través de la deverbalización. Si no llegamos a la demostración concluyente, me parece que, por lo menos, encontramos una explicación con respaldos valederos.

<sup>3</sup> Ver José Pedro Rona, "Sobre algunas etimologías rioplatenses", *Anuario de Letras*, III, UNAM, México, 1963.

<sup>4</sup> A su vez, y como precedente, el francés *croupier*, el rioplatense *grupi*. Y, de *grupi*, *engrupir*.

Para terminar, solo cabe repetir, una vez más, que es inegable la difusión rioplatense del adjetivo *truchó*. En forma casi abrumadora, lo oímos sobre todo en la lengua oral y lo leemos en la prosa periodística.

Especialmente, cuando se tratan temas políticos, económicos, policiales, artísticos, deportivos... Como acusación y tacha, como delito y estigma.

Es posible que la época actual respalte con amplitud el significado del neologismo dentro de explicables conexiones sociolingüísticas, y esté también defendido por la rotundidad del significante. Aunque también debemos admitir —y no como consuelo— que el significado no es un exclusivismo de los tiempos que vivimos...

Emilio Carilla

## BIBLIOGRAFÍA

Paul Verdevoye y Héctor Fernando Colla, *Léxico argentino-español-francés*, París-Madrid, 1992.

Academia Argentina de Letras, *Registro del habla de los argentinos*, Buenos Aires, 1994.

Juan Hidalgo, *Vocabulario de germanía* (en Gregorio Mayans y Siscar, *Orígenes de la lengua española*, 2<sup>a</sup> ed., Madrid, 1873, pp. 226-267).

Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, Barcelona, 1898.

Real Academia Española, *Diccionario de autoridades* (t. III, Madrid, 1732).

Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, 1984.

Vox, *Diccionario general ilustrado de la lengua española*, Barcelona, 1945.

O. Bloch y W. von Wartburgh, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, Paris, 1950.

Carmen Fontecha, *Glosario de voces comentadas en ediciones de textos clásicos*, Madrid, 1941.

Rafael Salillas, *El delincuente español. El lenguaje*, Madrid, 1896.

Miguel Romera Navarro, *Registro de lexicografía hispana*, Madrid, 1951.

Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Madrid, 1961.

Günter Haensch y Reinhold Werner (dir.), *Nuevo diccionario de americanismos* (II y III, Bogotá, 1993).

José Pedro Rona, "Sobre algunas etimologías rioplatenses", *Anuario de Letras*, UNAM, III, México, 1963.